



VALIENTE

Estáis viendo, amigos míos, un precioso y magnífico perro que nos ha favorecido con su retrato. Este perro se llama *Valiente*, y bien puede asegurarse que jamás ser humano tuvo

más apropiado nombre. *Valiente*, como veis, tiene un aspecto de bondad, como si dijéramos, de hombría de bien; pero sin embargo, habéis de saber que cuando es preciso, *Valien*

N^o 3

se formaliza y hasta se enfurece, y enseña los dientes de una manera que pone miedo en el ánimo más entero y enérgico.

Ser bueno y afable no es, ni mucho menos, ser débil y cobarde y encogido, y cuando el amo de *Valiente*, que es un niño que se llama Marcelo, hace algo que el noble animal, en su clara inteligencia de perro, no considera correcto, sabe muy bien hacérselo entender.

Marcelo tiene también un perrillo ratonero que se llama *Pasquino*, y á ese sí que le hace rabiarse. No hay travesura de que no le haga víctima.

Marcelo no se atrevería á semejante exceso con *Valiente*, aunque *Valiente* no es capaz de hacer daño á un niño, pero su grande estatura, su bizarra apostura y sus formidables mandíbulas imponen respeto al travieso Marcelo, que siempre teme recibir en castigo de su impertinencia una dentellada.

Con *Pasquino* es diferente; no teme nada aunque le pegue con un palo, ó le tire de la cola, de los bigotes ó de las orejas. El pobre perrillo no se revuelve contra el tiranuelo mal intencionado, como debiera acaso hacerlo; pero corre á refugiarse al lado de su noble y gene-

roso amigo *Valiente*. Junto á éste se halla seguro, y ya no tiene miedo á Marcelo. Ya le veis qué tranquilo y contento está *Pasquino* al lado de su protector.

Valiente sabe muy bien decir á Marcelo en su lenguaje perruno:

—Señorito, poco á poco. Sepa V. que es muy feo y muy cobarde atormentar á un perrillo que no se puede defender. El que tiene fuerza no debe servirse de ella para tiranizar al que es más pequeño y más débil. ¿Qué diría V. si yo utilizara mi fuerza para tirarle á V. al suelo, y clavarle los dientes en el cuello?.... Y merecería V. que lo hiciera para hacerle comprender todo lo odioso de su conducta con mi protegido *Pasquino*.

Marcelo ha comprendido las razones del prudentísimo *Valiente*, y ha prometido no ser malo con el perrillo.

Veremos si cumple su palabra.

En cuanto á mis lectores, ya sé yo que jamás habrá necesidad de reprenderlos por maltratar á los animalitos.

Porque estoy seguro de que no incurrirán nunca en semejante exceso.

X.

CRÓNICA

El niño inoportuno.—Gigantes y enanos.—Señoritas en el aire.
Mariano Fernández.—Sucedido.

Los chicos imprudentes y aturdidos son capaces de cualquier cosa, y sus atrevimientos de obra ó de palabra traspasan todos los límites.

Digo esto porque todavía no he vuelto del asombro que me produjo el otro día, en casa del diputado D. Fermín No y Sí, la frase de un chico que tiene, de nueve años, muy guapo, eso sí, pero lo más botarate que os podéis figurar, y holgazanote como pocos.

Había allí varios caballeros, diputados también, que, sin duda, habrían ido á saber si

D. Fermín entraba en el Ministerio, que él tiene muchas ganas de ser Ministro, y puede que al fin lo consiga; y Manolito, su hijo, que, como imprudente y atrevido, siempre se mete donde no le llaman, estaba en el despacho de su padre, sentado en una mecedora con una pierna sobre otra, todo lo que demuestra que D. Fermín, con el afán que tiene de ser Ministro, descuida un poco la educación del chico.

Hablóse allí de las cosas de la política y del Gobierno, cosas que no os interesan ni entendéis vosotros, ni Manolito tampoco, y des-

pués que D. Fermín, con fingida modestia, encareció sus escasas pretensiones, y dijo ser enteramente ajeno á la exhibición de su nombre como candidato á Ministro, recayó la conversación en la epidemia reinante, citándose varios nombres de personas distinguidas que han sucumbido en estos tristes pasados días.

Y cuando todos lamentábamos el estrago que ha hecho la epidemia, el bueno de Manolito, sin pensar lo que decía, y por el vicio que tiene de meter su cucharada en toda conversación, y la deplorable costumbre de decir inconveniencias, exclamó, contestando á un amigo de su padre que le preguntaba si tenía miedo al *trancozo*:

—Yo no; cuanto más dure, mejor, porque así no hay colegio.

Todos nos quedamos estupefactos, y su padre corrido de vergüenza oyendo semejante salida, propia del aturdimiento y la ligereza de Manolito.

D. Fermín le miró airado, y sin duda hubo de hacer un esfuerzo para contenerse y no darle un torniscón. Manolito conoció que había dicho una terrible necedad, y bajó la cabeza, y á poco, aprovechando la circunstancia de conversar de otros asuntos los amigos de su padre, se escurrió bonitamente.

¡Diablo de chico! ¿cuándo se persuadirá de que la prudencia es la cualidad más estimable en los niños como en los hombres?.... Manolito, que habrá oído en su casa hablar en los pasados días de la terrible enfermedad que ha producido la muerte de tantos hermanos nuestros, debió comprender, porque no es tonto, que no podía decir inconveniencia más inoportuna que la que dijo, pretendiendo, sin duda, decir una agudeza. Además debió reflexionar antes que cuantos le oíamos regocijarse porque no había colegio, habíamos de creer que es un holgazán, lo cual no honra á nadie, y, sobre todo, desfavorece muchísimo á un niño que está en la edad dichosa de estudiar y aprender. Seguramente, Manolito habrá pensado todo esto, y su padre, que ya no tiene esperanzas de ser Ministro, por ahora, le habrá hecho entender que si un hombre ha de meditar lo que va á decir para no cometer una imprudencia, un niño ha de tener también mucho cuidado para no mezclarse en las conversaciones de los mayores, y cuando quiera

decir un chiste ha de ver antes si lo que cree chiste es una tontería ó una inconveniencia.

Yo voy adonde van los niños para observarlos y oírlos, así como los periodistas políticos van al Senado y al Congreso y á los Ministros para observar y oír á los gobernantes y á los legisladores.

Pasé por la calle de Alcalá el otro día, y viendo el anuncio de la presentación al público de un gigante y un enano, díjeme: «Ahí habrá niños, porque á los niños les gusta ver estos seres extraordinarios, que sólo conocen por los viajes fantásticos de Gulliver.»

Y entréme á ver al joven Aboul Hool, que es el gigante, y al señor Eugenio Hulin, que es el enano. Efectivamente, allí había ocho ó diez niños, con sus papás unos y otros con sus mamás.

Una niña muy bonita lloraba, asiéndose á las piernas de su padre, porque le daba miedo el gigante.

Y no había motivo, porque los gigantes que vienen de cuando en cuando á presentarse al público son por lo regular unos infelices, cuya desgracia explota un empresario. Los gigantes, más que miedo ó admiración, pueden inspirar compasión, porque debe ser una grande amargura verse un hombre tan desproporcionado, tan grande, con unas manazas enormes y sosteniéndose difícilmente en los pies. Los gigantes viven poco, y no sirven para arte ni oficio alguno. No es, pues, extraño que sean tristes y melancólicos.

Un niño que estaba allí, no más alto que un bastón, decía á su mamá:

—Mamá, ¿seré yo tan grande como ése en siendo hombre?

—¡Jesús! no quiera Dios —respondió la mamá.

El enano D. Eugenio Hulin no asusta á los niños, y á muchos les cuesta trabajo creer que tiene veintisiete años. Como le ven tan chico, creen que es uno de esos que se visten de hombrecitos en Carnaval. No es así: D. Eugenio es un enano auténtico, y no le quiero agraviar, pero me parece el hombre, digo el hombrecillo, muy travieso. Todos los hombres chicos lo suelen ser.

Viendo al gigante y al enano encontré á D. Judas de la Vasija, que es un sabio arqueólogo y numismático, peritísimo en geología y antropología. Llevaba consigo á su nieto Ramoncito y le estaba hablando de los orígenes de los gigantes y de los enanos, es decir, de éstos, porque de los gigantes de la antigüedad parece que el Sr. D. Judas, á pesar de saber mucho, no ha podido adquirir noticias ciertas acerca de la época y el sitio en que apareció en el mundo el primer gigante. De los enanos, dijo D. Judas que en todos tiempos se han conocido enanos, lo que es verdad, y podía haber añadido que hay muchos hombres que, teniendo una estatura regular, son moralmente enanos. Don Judas sabe que en tiempo de Cicerón había un orador que habló muchas veces contra aquel príncipe de la elocuencia, y sólo tenía 97 centímetros de estatura. Llamábase el hombre político enano, Cayo Licinio. A creer á don Judas, este orador era el más enredador de su época. En Alejandría hubo un filósofo que se llamaba Alipio, y no pasaba su talla de 64 centímetros. De esta misma talla, línea más ó menos, era en tiempo de Cicerón un capitán de bandidos llamado Molón, que se hizo famoso por lo pequeño de su cuerpo y lo enorme de sus crímenes.

En la Edad Media, algunos príncipes tenían, según D. Judas, el feo gusto de mantener en sus palacios enanos que les divirtieran como quien tiene un mono, aunque los monos habrían sido menos peligrosos, porque los enanos de aquellos tiempos que obtenían las simpatías de los príncipes, eran, por lo regular, unos pillos redomados. Don Judas enumeró algunos enanos célebres, de los que recuerdo los siguientes:

Uladislao Cubitalis, que fué rey de Polonia por los años de 1306, como quien dice, ayer, era, por lo diminuto, más que enano enanísimo.

En las bodas del Duque de Baviera, en la corte de Wurtemberg, se sirvió un pastel de cuyo interior salió un enano armado de todas armas en traje de guerrero de la época. Don Judas no recuerda si salió á caballo ó á pie.

También fué presentado en un pastel á la reina de Inglaterra en 1627, el enano Jeffér Hudson. Este enanillo se hizo notable por su mal genio; como que mató en duelo á pis-

tola á un militar llamado Croft, que se había burlado de él. «Esto te lo cuento, decía don Judas á su nieto, para que sepas que no hay enemigo pequeño.»

El rey Estanislao, Duque de Lorena, tuvo un enano á quien llamaba Bebé, pero cuyo nombre era Nicolás Ferri. Este diminuto sujeto nació en los Vosgos en 1741, y á los quince años tenía 2 pies y 2 pulgadas de alto, y pesaba 9 libras y 7 onzas, es decir, menos de 5 kilos. Era un borrachín y murió de veinticinco años, á poco de haberse casado con la enana Teresa Louvray.

Don Judas recuerda también un enano polaco llamado Borwilawski, que era un sabio, y que á su gran cultura y natural talento unía las más recomendables cualidades.

De las observaciones que sobre el carácter de los enanos ha hecho D. Judas resulta que los del sexo masculino no pueden ver á los del femenino. Recuerda D. Judas haber visto en París un matrimonio de enanos que siempre estaban riñendo, y tan mal se querían, que ni delante del público se podían contener.

Vosotros, lectores míos, debéis felicitaros de no ser gigantes ni enanos, porque tan desairado está en el mundo el que ha crecido más de lo regular, como el que tiene poca más estatura que un perro sentado. Los gigantes acaban pronto; ceden á su propio peso, les falta el equilibrio y caen. Los enanos tampoco viven mucho, porque les ocasiona muchas rabietas su pequeñez, y en ellos se desarrolla notablemente un vicio que es el más funesto de todos: la envidia.

Otro espectáculo extraordinario ha comenzado en esta corte, que muchos de vosotros querréis contemplar.

Este espectáculo consiste en la presentación de dos señoritas en el aire.... No lo creáis, en el aire sólo se puede estar asido á un trapecio pendiente de un globo.

Esas señoritas, que aparecen en medio de un escenario sin apoyarse en los pies, están colgadas de alambres, y aunque éstos no se ven, no dudéis de que existen. Precisamente en París se representa ahora un baile que se llama *La hija del aire*, en que la primera bailarina atraviesa la escena suspendida en el aire, sin que se vean los alambres que la sos-

tienen, y merced á una maquinaria que los periódicos ilustrados han explicado minuciosamente.

Hijos míos, para sacar el dinero á los padres y á los hijos de familia ofreciéndoles espectáculos maravillosos, se aguza mucho el ingenio. Un día es la *Cabeza parlante*; otro, la cabeza de mármol, que se anima y habla, ni más ni menos que la de la confitera de la calle del Perro; otro, la mujer partida por la mitad; otro, el punto filipino que se traga espadas, estopas encendidas, etc., etc.

Cuando asistáis á uno de estos espectáculos, bien podéis considerar que aquello que se os presenta en una forma aparentemente maravillosa y sobrenatural es la cosa más sencilla del mundo.

* * *

De un triste acontecimiento he de hablaros en esta *Crónica*. Mariano Fernández, aquel cómico tan gracioso que tanto ha hecho reír á los niños, y á los grandes; en las comedias de magia y en otras muchas, ha muerto. El arte escénico ha sufrido una pérdida irreparable.

Mariano Fernández era un hombre buenísimo, tierno, afable, idólatra de los niños, cu-

yas carcajadas y cuyos aplausos le halagaban sobremanera. Tenía cerca de setenta y seis años, y todavía trabajaba con el mismo entusiasmo que en la juventud.

Dios le habrá recibido en la gloria, porque fué durante su viaje por este valle de lágrimas un hombre muy de bien y amante cariñosísimo de los niños.

• • •

Sucedido.

La otra tarde, mi amigo D. Lucas, un excelente padre de siete hijos, que son siete diablillos, oyó grandes voces en el cuarto donde estaban aquéllos estudiando, ó mejor dicho, donde debían estar estudiando, y cansado de oír aquel vocerío, tan impropio del estudio, fuese allí y abrió de pronto la puerta. Los siete chicos quedaron sorprendidos, aterrados, al contemplar la actitud de enojo del padre.

— A ver — gritó éste con voz estentórea — ¿quién es quien grita aquí?....

— Tú, papá, tú, papá — contestaron todos.

CARLOS FRONTAURA.

28 de Enero de 1890.

NIÑOS HISTÓRICOS

II.

Martín Haldaja.

GORRÁ el 13 de Julio del año 1212, y era viernes, día que los antiguos cristianos consagraban á prácticas piadosas, conmemorando los misterios sublimes de la pasión y muerte del Redentor del mundo.

Hacia la hora de tercia, es decir, á las diez de la mañana (aun no había sido inventado el reloj), dos soldados castellanos bajaban por los ásperos breñales del puerto de Muradal, empujando reciamente á un niño de once

años, que lloraba con amargura y juntaba las manos en demanda de piedad.

Tenía ojos azules y luenga cabellera dorada que caía sobre sus hombros en suaves rizos; sus mejillas de rosa y su blanca frente no estaban curtidas por el sol y el aire; sus manos finísimas, de largos y afilados dedos, parecían de noble dama feudal ó de imagen románica labrada en brillante alabastro.

Y sin embargo, aquel niño era un pastor:

vestía larga túnica de lienzo pardo, caperuza de piel de carnero, calzas de lana y abarca de fuerte cuero, y llevaba al cinto un cayado de roble.

Los soldados le empujaban con rudeza, y le escarneaban brutalmente.

—¡Por Dios, caballeros—sollozaba el niño—no me hagáis mal!

—¡Eres un espía!—contestábanle ambos.

—¡Ah! ¡jamás! Soy un pastor de la sierra....

—¿Dónde está tu rebaño?

—Me le han robado los moros.

—¡Mientes! Un pastor sigue siempre á su rebaño..... aunque se lo roben los moros.



—¡Me obligaron á huir! ¡Amenazáronme de muerte!

—¿Eres cristiano?

—¡Por la gracia de Dios!

—Pues un cristiano desafía la muerte, si con la muerte le amenazan los moros.

—¡Jesús me proteja! Desafíe á la muerte, ocultéme entre las breñas, vi llegar á las alturas un ejército innumerable, escuché el ronco estrépito de añafles y oboes, de alaridos y guturales voces.....

—¿Y tuviste miedo?

—No, por favor del Cielo: tuve una inspiración divina, que me anunció la victoria de los cristianos.

Los dos soldados se pararon en el declive de la montaña, y cogiendo al pastorcillo por los brazos, dijéronle con acento rudo:

—¿Qué dices? ¡Si nos engañas, morirás!

—¡No moriré, porque no os engaño!—contestó con altivez el niño.—¡Llevadme ante el Rey!

El formidable ejército de los almohades, aquel ejército que (según refiere un cronista árabe) «tenía más combatientes que granos de arena hay en el desierto», y más «fieles musulmanes que besos imprimen labios de creyentes en la piedra santa de la Meca», triunfante en Alarcos, invadía las montañas de Sierra Morena, para bajar después, como avalancha que se desgaja, á las llanuras de Castilla.

Mahomed-ben-Yusud, el Miramamolín de los almohades, quería plantar el estandarte del profeta en los riscos de Covadonga; y aun es fama que al cruzar por el estrecho de Gebal-Tarik, metiendo su caballo en el mar, clamó con voz de trueno: «¡Oh, Alah, dios de mis padres! Si estas ondas llegasen á tierra desconocida, yo iría allí para ensalzar tu nombre y pelear por la ley de Mahoma!»

Pero otro ejército de cristianos españoles, mandado por los Reyes de Castilla, de Aragón y de Navarra, avanzó también hasta los desfiladeros de Sierra Morena, y llegó al puerto de Muradal y hasta el paso de la Losa, que estaba defendido por la muchedumbre mahometana.

«Colocados los moros entre riscos (dice el historiador Lafuente), que les servían de parapetos casi inexpugnables, y encajonados los cristianos entre desfiladeros y angosturas, que impedían desplegar su caballería, su posición era crítica y apurada.»

—¿Qué hacer?—se preguntaba á los adalides cristianos.

Unos querían acometer á los moros, y triunfar ó morir por Dios y por España; otros, más prudentes, anhelaban salir de las asperezas de la sierra, y esperar al enemigo en las llanuras castellanas.

—¡No!—contestaba á estos últimos el Rey de Castilla D. Alfonso VIII, *el Noble* (aquel mismo Rey que, niño y huérfano, fué proclamado en la torre de San Román, de Toledo). —¡No! ¿Qué diría el pueblo? ¿qué diría la

cristiandad? ¿qué diría el Sumo Pontífice Inocencio III, después de haber bendecido la cruzada de los Reyes españoles con una reliquia de la Santa Cruz de Jesucristo, y de haber implorado las misericordias del Señor, en favor del ejército cristiano, en la basilica de San Juan de Letrán?

Y cuando reyes, obispos y magnates estaban reunidos en consejo, para deliberar lo que convendría hacer, el noble caballero castellano, D. Diego López de Haro, y el infanzón aragonés, D. García Romero, solicitaron presentar al Monarca el pobre pastorcillo arrestado por espía en la vertiente del puerto de Muradal.

—¡Oh presentimiento!—Cuéntase que exclamó entonces el arzobispo de Toledo, D. Rodrigo Jiménez de Rada, consejero y leal amigo del Rey de Castilla.—¡Oh presentimiento feliz! Recíbidle y oidle, señor; que viene á anunciaros el triunfo de la Santa Cruz.



Y el humilde pastorcillo entró en la tienda real, con aquellos dos magnates.

—Habla, hijo mío—díjole con dulzura el Rey castellano.—¿Cuál es tu nombre?

—Martín Haldaja, señor—contestóle el niño con voz argentina; pero firme, serena.

—¿Pastor?

—Sí, señor, y acaso por especial designio de la Divina Providencia.

—¡Explica esas palabras!

—Oid, señor: he apacentado mucho tiempo mi rebaño en las gargantas y las cumbres de la sierra, y conozco todos los desfiladeros, todas las angosturas, todos los pasos libres....

—¿Libres? ¡Conoces un paso libre en la sierra!

—¡Oh, señor! Sin duda que Dios se ha dignado elegirme, por singular merced de su misericordia, para ser el guía salvador del ejército cristiano. ¿Queréis derrotar á los moros? ¡Son tantos, señor, como gotas de rocío hay en un bosque al despuntar el alba! Pero yo os guiaré por ignorada vereda, y vuestro ejército subirá hasta la cumbre de la montaña sin que le vea la innumerable hueste de los moros.... y triunfaréis.

—¡Gloria á Dios!—exclamaron el Rey y el Arzobispo de Toledo.—¡Abate al soberbio y enaltece al humilde!

«Era tan ventajosa la noticia (dice la Historia) que merecía bien la pena de correr el riesgo de hacer una exploración del terreno, llevando al pastor por guía.

»Encomendóse, pues, la peligrosa empresa á D. Diego López de Haro y á D. García Romero, y estos dos intrépidos caballeros, acompañados del pastor, fueron caminando por uno de los costados de la montaña, y después de algún rodeo, halláronse en una extensa y vasta planicie como de diez millas, capaz de contener todo el ejército, variada con algunos collados y como fortalecida por la Naturaleza y resguardada por el Arte, á modo de un anfiteatro.

»Estas llanuras eran las Navas de Tolosa, que habian de dar su nombre á la batalla.»

Aquel prodigioso niño Martín Haldaja, que desapareció en seguida, cumplida su oferta, sin dejar rastro de su paradero, «fué tenido por un ángel en traje de pastor», enviado por Dios para salvar á la cristiandad.

El ejército cristiano subió á las llanuras de las Navas sin perder un soldado, y el día 16, lunes, derrotó á los almohades, y ganó la victoria más asombrosa que registran las crónicas de nuestra patria.

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

20 de Enero de 1890.

LAS CEREZAS

RICARDITO era un niño muy caprichoso, muy desobediente y muy glotón.

Tres defectos atroces, de consecuencias funestísimas, no sólo para el que tiene la desgracia de incurrir en ellos, sino para cuantas personas le rodean.

Ricardito en cierta ocasión estuvo á punto nada menos que de perder la vida por su glotonería.

Figuraos que una mañana muy temprano, cuando todos dormían en la casa, se despertó y hubo de ocurrírsele la más atroz de las travesturas.

Se bajó de la cama, y en camisa y descalzo se fué derecho á la cocina.

Había visto en ella el día anterior una cesta llena de cerezas colocada sobre una mesa, y se propuso despacharse á su gusto, pues su mamá no había permitido que comiera sino unas cuantas para postre.

Se apoderó de una fuente, la llenó de cerezas, se sentó en el suelo y empezó á atracarse de lo lindo.

—¡Qué ricas están!— repetía á cada instante.

Al pronto se contentaba con comérselas una á una, pero después, dejándose arrastrar por su glotonería, se las metía á puñados en la boca.

Y tanta prisa se daba, y tanta era su ambición, que sin darse cuenta se tragó muchas de ellas enteras.

Por último, viendo que había dado fin de



¡Qué ricas están

todas las cerezas, y temiendo entonces ser sorprendido, resolvió volverse á la cama.

Pero antes recogió todos los despojos de su loco festín, los metió dentro de la cesta, y puso la fuente en su sitio.

Pasito á pasito, y tomando todo género de precauciones para no hacer ruido, llegó nuestro glotón hasta su cama.

Pero.... al meterse en ella sintió unas pun-

zadas atroces en las sienes, y un fuerte dolor en el epigastrio.

El epigastrio propiamente dicho, niños míos, es lo que vulgarmente se llama *la boca del estómago*.

Al mismo tiempo, la habitación le daba vueltas y experimentaba unas angustias mortales.

En cualquiera otra ocasión Ricardito hubiera dado voces, y su amantísima mamá, acudiendo solícita, le hubiese socorrido.

Pero entonces, conociendo su mal proceder,

quejarse, y empezó á pedir socorro con grandes gimoteos y lastimeros ayes.

Ya podréis suponer que la mamá, el papá y todos los de la casa acudieron sobresaltados, y.... ¡válgame Dios, lo que vieron!

El pobre Ricardito estaba tendido boca arriba, con el rostro amoratado, sin poder abrir los ojos y respirando anhelosamente.

Un diluvio de preguntas llovió sobre él, y nada; no contestaba á ninguna, sea porque no sabía, porque no podía, ó por ambas cosas tal vez.



¡Cuántas noches sin dormir aquella madre cariñosa....!

resolvió callarse y sufrir, temiendo las reconvenciones que sin duda habrían de dirigirse.

Es decir, que cometía otra acción más mala que la que acababa de llevar á cabo, toda vez que retardando el pedir auxilio, se exponía á mayores males.

Casi siempre un delito suele ir seguido de otro, á semejanza de las cerezas, que tirando de una, salen otras enredadas con ella.

El obstinado niño no tuvo al cabo la resistencia necesaria para continuar sufriendo sin

El padre dispuso que se le pusieran unos sinapismos y que avisaran inmediatamente al médico.

Ricardito se fué agravando por instantes, hasta el punto de perder el conocimiento.

Pero todo el mundo extrañaba mucho tan repentina enfermedad, sin acertar á explicarse la causa.

La situación del enfermito era alarmante en alto grado, cuando se presentó el médico.

Éste, después de auscultarle y de observarle detenidamente, declaró que el niño padecía

una fuerte indigestión, y prescribió desde luego un emético.

¡Una fuerte indigestión á las seis de la mañana!

— Eso es imposible — dijo la mamá. — Mi hijo no ha comido nada desde anoche á las siete, y se acostó muy contento y muy sano.

— Pues, señora — replicó el médico — usted dirá mucha verdad; pero yo me afirmo en que el niño tiene una indigestión de las más violentas.

En aquel momento trajeron el emético, que no es otra cosa que un medicamento á propósito para promover el vómito. El más usual de todos es el llamado *tártaro emético*, una sal transparente, sin olor alguno, que se disuelve fácilmente en el agua y constituye un agente muy apreciado en terapéutica, que es la parte de la medicina que enseña los remedios para curar.

A los pocos minutos de haberle tomado Ricardito, empezó á arrojar cerezas por aquella boca, con tales angustias y sacudidas, que daba compasión.

Algunas salían enteras, tal como el niño se las había engullido.

Los circunstantes lanzaron una exclamación de asombro.

La criada corrió á la cocina y volvió con la cesta, en la que no había más que huesos, tallos y hojas de la fruta.

Todos comprendieron en seguida lo ocurrido.

El médico declaró que, por lo pronto, es-

taba asegurada la vida del enfermito, pero que su curación sería bastante larga.

Así fué en efecto.

¡Cuántos días de zozobra y de inquietud para aquellos infortunados padres!

¡Cuántas noches sin dormir aquella madre cariñosa, velando á la cabecera de su hijo rogando á Dios, con lágrimas en los ojos, que le devolviese la salud perdida!

Y todo ¿por qué? Porque el imprudente y ambicioso niño Ricardito cometió una serie de actos punibles; primero, levantándose de la cama á hora desusada; segundo, apoderándose de las cerezas, de las cuales no tenía derecho á disponer sin permiso de sus padres; tercero, dejándose llevar de la gula, que es un vicio propio solamente de algunos seres irracionales, no de todos, y por último, ocultando la verdad; y retardando por este motivo el pronto remedio de su falta.

Dios al cabo escuchó los ruegos de los padres de Ricardito, y este recobró la salud, aunque muy poco á poco y después de grandes sufrimientos.

Y como en el fondo no era perverso, aquello sirvió para corregirle de un vicio que tan caro pudo costarle.

Niños míos, inspiraos en este ejemplo; no incurrais nunca en la desatentada conducta de Ricardito, y atended los sanos consejos de vuestros padres, que sólo tienden á proporcionarnos el bien y la felicidad.

EDUARDO S. DE CASTILLA.

LA CORONA DE MARGARITAS

(CONCLUSIÓN)

II.

INCO años pasaron, y la amable Elisa que había cumplido diez y siete, iba á casarse: doña Pepita, amiga de la familia desde hacía más de treinta años, conservaba su activa vivacidad, su caridad inagotable, su celeste amor á todos los desgraciados

que sufren: en los días precedentes á la boda, había acompañado algunas veces á Mercedes y á Elisa para hacer varias compras, evitando así á la señora de Rivera, madre de las jóvenes, no poco cansancio.

Uno de estos días se hallaban sentadas en

el salón la madre, las dos niñas y doña Pepita, algo fatigadas porque habían pasado toda la tarde en la casa que iba á ocupar Elisa con su marido, arreglando los últimos pormenores del mueblaje y adorno.

Mercedes admiraba los bordados y los encajes que habían traído para su hermana, y ésta reflexionaba en los graves deberes que iba á contraer y pedía á Dios fortaleza para llenarlos, cuando oyó la campanilla de la puerta.

—¡Ya están aquí los vestidos!— exclamó alegremente Mercedes, corriendo á la puerta del salón: la doncella le puso en la mano una caja de cartón bastante grande.

—¿Qué será esto?—dijo Mercedes volviendo al lado de su madre— pesa muy poco.

La señora de Rivera tomó la caja, desató las cintas que la sujetaban, y levantó la tapa: la caja encerraba una corona de margaritas artificiales, de una verdad y de una finura admirables: una carta, colocada en el centro de la corona, tenía escrita en el sobre esta dirección:

Á LA SEÑORITA ELISA DE RIVERA.

—Léela, hija mía — dijo la madre alargándole la carta.

Elisa fué á buscar la firma que decía: *Marcela Velasco, viuda de Prados.*

—Es un nombre desconocido — dijo la joven — veamos lo que me quieren, aunque supongo será pidiendo alguna limosna.

«Señorita:

»Quizá en la vida de usted, consagrada al bien, no existe ya el recuerdo de una generosa limosna que hace algunos años dió por la mediación de la buena, de la amable y caritativa doña Pepita Jiménez: aquella limosna de cien pesetas fué para una viuda sin recursos y reducida á la última extremidad de la miseria: aquella pobre viuda soy yo, y hoy doy á usted gracias en mi nombre, y en el de mi hija, á la que salvó usted de una muerte cierta: usted conocerá más tarde lo que el corazón de una madre puede encerrar de reconocimiento para la bienhechora de su hija: estábamos en la miseria, abandonados del mundo entero, y la desesperación devoraba mi alma, y me inspiraba los pensamientos más siniestros: más de una vez me había preguntado si no era un bien dejar, con una muerte voluntaria, una exis-

tencia tan dolorosa: parecíame que el suicidio me vengaría de tantos amigos olvidadizos, de tantos ingratos como mi marido y yo habíamos favorecido: desesperaba ya del mundo y del cielo, y escuchaba las tentaciones del sufrimiento y del orgullo, cuando el donativo de usted vino á caer como un rocío del cielo sobre las heridas de mi corazón: la gratitud me hizo volver los ojos á Dios, y volví también á estimar la vida: con el dinero de usted, producto de un generoso sacrificio, compré para mi hija y para mí dos trajes decentes, y pude presentarme en una casa de comercio donde doña Pepita me recomendó: obtuve la plaza de tenedora de libros en un gran almacén de flores: mi hija obtuvo en la misma casa trabajo como oficiala, y su inteligencia y su buen gusto le aseguran el porvenir. Somos dichosas gracias á usted, mi buena señorita: nuestra vida es apacible y ocupada: el porvenir ya no me inquieta, porque he reconocido la mano de la Providencia en la generosidad de usted, y yo pongo en las manos de esa Providencia celeste toda mi solicitud maternal.

»Cada día Margarita y yo rezábamos por usted, pero no conocíamos su nombre: hace quince días vino usted con su señora madre al almacén para comprar algunas flores. Doña Pepita estaba allí y las saludó: cuando ustedes salían, nos dijo á Margarita y á mí:

—»Esa linda joven es aquella que las favoreció en otro tiempo: ya la conocen, como tanto deseaban....

»¡Ah señorita! yo bendije á usted con verdadero amor de madre, y mi hija al saber el próximo enlace de usted, se ocupó en seguida de hacer su corona de desposada, formada con las flores, cuyo nombre lleva: dignese usted aceptarla como un débil homenaje de nuestra gratitud: todos nuestros votos, todas nuestras oraciones serán con usted el día de su unión: sea usted dichosa y bendita en sus hijos, usted que ha curado el corazón herido de una madre.

»Crea usted, señorita, en el respetuoso afecto de su más agradecida servidora,

MARCELA VELASCO

Viuda de Prados.

—¡Ah mamá! es demasiada gratitud para tan poca cosa! — dijo Elisa con los ojos llenos de lágrimas.

—La carta está bien sentida en efecto— dijo la señora de Rivera, tomándola en la mano: y mirando la firma, añadió: Este apellido *Velasco* no me es desconocido.....; creo que se llamaba así un jefe de mi padre, de vuestro abuelo, hijas mías, cuando era empleado en el Ministerio de Fomento: el Sr. Velasco, que tuvo con él mil bondades, y le hizo adelantar mucho en su carrera, fué durante mucho tiempo subsecretario en el mismo ministerio.....; no puedo olvidar ese apellido que era el de nuestro protector..... Este tenía una hija muy bonita á quien traté, y que se llamaba *Marcela*.....; nos queríamos mucho..... Si estas pobres señoras que Elisa ha favorecido fuesen la hija y la nieta de nuestro bienhechor.....

—Yo iré mañana á ver á *Marcela* y á su hija— dijo doña Pepita—y saldremos de dudas.

—Mamá—dijo Mercedes—y si son la hija y la nieta del amigo de nuestro padre esas señoras, piensa qué buenas amigas serán para nosotras.

III.

Al día siguiente, y cuando la señora de Rivera y sus hijas esperaban en el salón la hora de la comida, entró la solterona seguida de dos señoras, la una ya de edad madura, la otra joven y muy bonita y elegante.

—Aquí tienen ustedes, queridas amigas— dijo doña Pepita á la hija y á la nieta de don Joaquín Velasco, que tantas pruebas de afecto y de estimación dió al Sr. Rivera;— he sido bastante dichosa para decidir las á que vengan á comer en familia.

—¡Oh! ahora te reconozco, *Marcela*— exclamó la señora de Rivera— ahora reconozco tu dulce fisonomía. ¿Te acuerdas de cuando niñas

las dos, partías conmigo, hija de un modesto empleado, todos tus juguetes y golosinas? ¡Qué bueno es Dios al permitir que nos reunamos de nuevo!

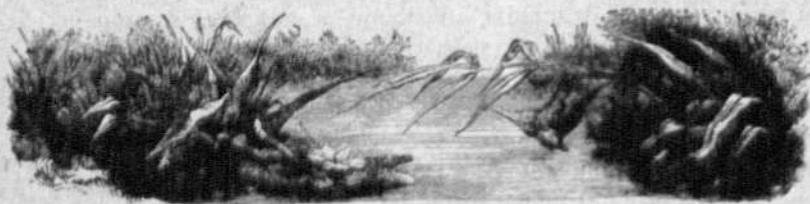
—Esta dicha, de la que yo participo, la debemos á tu Elisa: sin ella, ¿qué hubiera sido de mi hija y de mí? ¡Oh, Elisa mía! deja que te abrace.

Marcela sentía por la primera vez, después de muchos años que había encontrado unos amigos, una familia, y sabía que si la muerte la llamaba, *Margarita* no quedaría sola en el mundo.

La limosna de Elisa, como un grano de buen trigo caído en una tierra feraz, había producido una cosecha abundante; pero de todos sus frutos, el más precioso fué el disgusto que concibió Mercedes por los gastos superfluos, á los que era antes tan aficionada, y la generosa costumbre que adquirió de ahorrar de lo que sus padres le daban para sus vestidos y adornos, todo lo posible para los desgraciados: para los pobres vergonzantes tan numerosos en Madrid; noblemente avara para ella de los bienes de la fortuna, fué noblemente pródiga para los desvalidos, y siempre asoció á sus buenas obras á la anciana doña Pepita que fué el agente más fiel de su caridad.

Elisa prendió en su velo virginal el día de su boda la corona de margaritas, que su madre cerró sobre su frente con un broche de flores de azahar, igual al que adornaba su pecho: fué esposa feliz y madre amadísima. Mercedes se casó un año después, y su enlace fué tan venturoso como el de su hermana, porque Dios escribe en su libro santo todas las limosnas que hacemos, y nos envía por ellas horas bellas de paz y de dicha.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.



¿QUE HABRÁ DENTRO?

COMEDIA INFANTIL, EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

ROSA DE EGUÍLAZ

Á la inteligente y preciosa niña

SEGUNDA GUADIANA Y URIARTE

PERSONAS

Doña MARTA; BALBINA y LEONOR, niñas; Don EUSEBIO; RAMIRO, niño

(LA ACCIÓN SE SUPONE EN MADRID. ÉPOCA ACTUAL)

La autora se reserva los derechos de representación.

ACTO ÚNICO

Gabinete de estudio en casa de D. Eusebio.—En primer término se verá una mesa ministro, sobre la que debe haber una calavera, libros y papeles.—Estantes ocupados por obras y objetos científicos á uno y otro lado de la puerta del foro.—Á la izquierda otra puerta.—Balcón á la derecha.—Es de día.

ESCENA PRIMERA.

D. EUSEBIO y D.^a MARTA.—El primero aparece leyendo y la segunda sale por la puerta de la izquierda.

EUSEBIO. Gracias á Dios que te veo
Por mi despacho.

MARTA. Ocupada
Estuve, según costumbre,
En las cosas de la casa,
Y por eso hace dos horas
Que no me ves.

EUSEBIO. Ya sé cuántas
Son las faenas que abruman
Á una señora casada.
Pero teniendo sirvientes,
No sé por qué así te cansas.
Á más: ¿no puede Balbina
Contigo llevar la carga?
Tiene nueve años y pico.....

MARTA. ¡Angelito de mi alma!
¡Si trabaja más que yo
Y más que las tres criadas!
No hicimos una locura,
Eusebio, con adoptarla,
Cuando ella y su pobre hermano

En la miseria se hallaban,
Muertos su padre y su madre,
Há seis años. Quebrantada
Tu fortuna en esa época,
Partiste para la Habana.
Mi enfermedad me impedía
Seguirte; sola quedaba,
Y te dije: «Esposo mío,
Esos niños me hacen falta.
Ya que nos los negó propios,
Es el cielo quien los manda.
Ellos secarán el llanto
Que tu partida me arranca.»
Inspiración que al bien tiende,
Su premio en sí misma halla:
Con los huérfanos, la dicha
Invadió nuestra morada;
Me puse buena; rehiciste
Tu capital.....

EUSEBIO. Verdad, Marta.
Hace algún tiempo que he vuelto
Con la fortuna anhelada.
Tú has tratado á los muchachos (Pro-
ocupado.)
Más que yo; así, no me extraña,

- Dado tu genio vehemente,
El calor con que los amas.
- MARTA. ¿No los quieres? ¡Pobrecitos!
- EUSEBIO. ¡Siempre tan exagerada!....
Los quiero, y los quiero mucho,
Mas mi afecto no me exalta
Hasta el punto de cegarme.....
Tú eres optimista.
- MARTA. ¡Calla! (Suplicante.)
En mi cariño dulcísimo
No pongas notas amargas.
- EUSEBIO. ¡Estas señoras ilusas
No entienden una palabra
De la ciencia de la vida,
Y hiel á la verdad llaman!
- MARTA. Tu ciencia entenderá el cuerpo.....
Cuando á Dios así le plazca;
Pero el sabio que aquí late (Llevándose
una mano al corazón.)
Conoce mejor las almas.

ESCENA II.

DICHOS. BALBINA por el foro.

- BALB. Felices días, doctor.
En la sala, de visita,
Una niña muy bonita
Aguarda á ustedes.
- EUSEBIO. (¡Leonor!) (A Doña
Marta.)
- BALB. Hasta luego. (Haciendo ademán de irse.)
- MARTA. ¿Ya te vas? (Sonriendo al
comprender por qué quiere marcharse.)
- BALB. Es que la labor me espera.....
Y que de esa calavera (Por la que hay so-
bre la mesa.)
Me asusto un poco además.
- EUSEBIO. Punible el terror encuentro
Y algo fuera de razón
Que te asuste la visión
De lo que vivió aquí dentro. (Llevándose
una mano á la frente.)
- MARTA. El hombre más estudioso,
Me parece, Eusebio mío,
Que ahí sólo encuentra el vacío (Por
la calavera.)
Ó un desencanto horroroso.
- EUSEBIO. Como usted guste, señora. (Con gravedad
cómica.)
- MARTA. Búrlate de mí á placer.
¡Infeliz de la mujer
Que no nace soñadora!
- BALB. Me voy..... Yo causé la riña.

EUSEBIO. No, hermosa. (Dulcemente.)

MARTA. Guarda el objeto (A su
marido, el cual guarda la calavera en un estante.)
De este debate secreto.EUSEBIO. Vamos á ver á esa niña. (Vase con Doña
Marta por el foro.)

ESCENA III.

BALBINA y RAMIRO que sale por la puerta de la izquierda, tra-
yendo un muñeco y vertiendo por la escena el serrín que se le cae
á éste.

- RAMIRO. ¡Lo he descubierto por fin! (En tono filo-
sófico. Balbina le oye estupefacta.)
Mira el llorón, aquí está.
Decía papá y mamá.....
¡Y era todo de serrín!
Tenía un muelle en el centro,
Y siempre que nos llamaba
«Papá, mamá,» yo pensaba (Imitando la
voz del muñeco.)
Á mis solas: ¿qué habrá dentro?
Y parodiando al doctor,
La clave de mis quimeras,
Me dieron unas tijeras
De tu cesta de labor.
- BALB. ¡Jesús! Yo que le quería.....
¡Como á un hijo!
- RAMIRO. Enjuga el llanto.
Si es que le querías tanto,
Ya sabes lo que aquí había. (Tocando el
pecho del muñeco.)
- BALB. ¿Y qué me importa saber?
- RAMIRO. Que él no paga tu cariño.
¡No tiene con qué! (Con amargura, y como
quien sufre un cruel desengaño.)
- BALB. ¡Es mi niño,
Le quiero!
- RAMIRO. Al cabo mujer: (Idem.)
Tonta.
- BALB. ¡Ponme como un trapo!
- RAMIRO. No entiendes estos asuntos.
Con el muelle y ocho puntos, (Le pone
aquél y le cose con una aguja traída á preven-
ción.)
Se quedará tan reguapo.
- BALB. ¡Es posible! ¡Qué alegría!
- RAMIRO. La operación no es de muerte.
¡Después estará tan fuerte!.....
Como yo en la cirugía.
- BALB. Pero le queda señal (Examinándole curiosa
y solícita.)
En donde tuvo la herida.
- RAMIRO. Con todas las de la vida

Suele suceder igual.
BALB. Qué grave estás, espantajo. (Enfadada, á Ramiro.)
 Dí mamá. (Al muñeco, oprimiéndole el muelle.)
MUÑECO. Mamá.
BALB. Y también
 Papá.
MUÑECO. Pa....pá (Con dificultad.)
BALB. Dilo bien.
 (A Ramiro.) Mira, le cuesta trabajo.
 Tu bárbara operación
 Muy en el fondo le ha herido,
 Aunque de ella has deducido
 Que no tiene corazón.
 Ya no te queremos ¡Eso! (Por el muñeco y por ella.)
 Vete á estudiar cirugía.
RAMIRO. ¡Por piedad, hermana mía,
 Permite que le dé un beso!
BALB. «¡Darme quieres desagravios
 Y te humillas de ese modo!
 Prenda que arrojaste al lodo,
 No la llesves á los labios.»
 Así dijo en el teatro
 A una señora un señor.
 Diré tu hazaña al doctor
 Y á doña Marta. Los cuatro
 Te odiamos, por tunante.
RAMIRO. ¡Odiarme mis protectores! (Llorando.)
 ¡Yo que los quiero!.....
BALB. No llores. (Enternecida.)
 Ven por el beso al instante.
RAMIRO. Tú también lloras.
BALB. ¡Por tí!
 Vienen Marta y el doctor (Aplicando el oído al foro.)
 Y les va á causar dolor
 Nuestro lloro.
RAMIRO. Huyamos.
BALB. Sí. (Vanso por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

Doña MARTA, LEONOR, y D. EUSEBIO por el foro.

EUSEBIO. Esto está más abrigado
 Que la sala.
MARTA. ¡Ya lo creo!
 ¿Quedan tristes tus papás?
LEONOR. No, señora, tan contentos.
 Ellos sólo en mi ventura
 Cifran su ilusión. Y viendo

La alegría que yo tuve
 Cuando ustedes escribieron
 Que me viniese á la corte
 Para pasar el invierno
 Divertida, se alegraron
 Infinito. ¡Son tan buenos!
EUSEBIO. Lo sé; Marta, ellos y yo
 Compartimos nuestros juegos.
 Y aunque viváis en Sevilla,
 Nunca nos hallamos lejos.
 Siempre os tenemos presentes.
LEONOR. En mí se junta al afecto
 la gratitud. De mi madre
 A usted la vida le debo:
 No olvido que estuvo enferma
 Y usted la salvó. Por eso,
 Mas que amiga, soy su esclava.
MARTA. Me encanta ver con tal fuego,
 En una niña tan tierna,
 Expresar los sentimientos.
EUSEBIO. Estabas tú muy callada: (A Doña Marta.)
 Pero ¡ya pareció aquello!
 En hablando á mi señora (A Leonor, por Marta.)
 De los cariños eternos.....
 etcétera..... Ya es sabido
 Que se encuentra en su elemento.
LEONOR. Según me han dicho mis padres,
 ustedes tienen dos huérfanos,
 recogidos.....
EUSEBIO. De esto mismo
 Es necesario que hablemos.
MARTA. ¡Calla! No pongas en práctica
 Lo que has pensado.
EUSEBIO. ¡Silencio! (A Doña Marta en tono dulce, pero con autoridad.)
 Necesito tu concurso. (A Leonor.)
LEONOR. Usted manda y yo obedezco.
MARTA. Eusebio.....
EUSEBIO. No me repliques.
 Habrás juzgado incorrecto (A Leonor.)
 Mi modo de recibirte.
 Llegaste en el tren correo
 Con una familia amiga
 De la tuya. Mi cochero
 Y la camarera de ésta, (Por Doña Marta.)
 Á la estación por tí fueron;
 Desde allí viniste á casa,
 Y antes que subieran ellos,
 Te rogaron que llamasas,
 Y entraste. ¿El recibimiento,
 Ni ruidoso ni entusiasta,

De que te hacemos objeto
No te extraña? Francamente.

LEONOR. Hay en él cierto misterio.....

MARTA. Pues en tus planes te aferras, (A D. Eusebio.)

Explicáselos. Me ausento,
Para impedir que alguien entre
A interrumpiros.

(Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

LEONOR y DON EUSEBIO.

EUSEBIO. Soy viejo,
Más que de edad, del espíritu.....
El destino me fué adverso
Muchas veces; son escasos
Mis amigos verdaderos;
He sufrido enfermedades,
Alternativas sin cuento,
Y los que me despreciaron
Pobre, rico me quisieron;
En las acciones más simples
Un doble fondo penetro,
Y siempre gotas de acibar
Destila mi pensamiento.
Hoy, soy mi única desgracia:
Miro bajo un prisma negro,
A través de densas brumas,
Cuanto encierra el universo;
Veo en senos palpitantes
Muchos corazones muertos.....

Yo soy un ser desdichado; (Con profunda
amargura.)

Yo soy, Leónor, un escéptico.

LEONOR. Se impresiona usted..... (Queriendo interrumpirle.)

EUSEBIO. Escucha.

Una mujer me dió el cielo
Que es el ángel de mi guarda.....
Y, por lo tanto, el reverso (Con desprecio
de sí mismo.)

De mi carácter. Los niños
Que á nuestro lado tenemos,
Comparten en su alma noble
El amor puro y sincero
Que me profesa. Yo dudo
De tantos merecimientos
Y anhelo demostraciones....
No hay lazo ni parentesco
Que nos ligue. Desde el punto
Que les cobijó mi techo,
Escuchan á los criados,

Lo cual evitar no puedo,
Que de mi pingüe fortuna
Serán algún día dueños.
Saben que todo su lujo
Nos deben..... Y aunque pequeños,
La intuición del egoísmo
Quizás anide en su pecho.

LEONOR. ¿Y qué?

EUSEBIO. Para estar seguro
De que si antes que ella muero,
Hay quien la ame, y si mi esposa
Muere, que solo no quedo;
Para dar lo que han ganado
Mi trabajo y mis desvelos,
Y mi cariño por siempre,
Una prueba clara intento.

LEONOR. Y si no salen bien de ella,
¿Qué va usted á hacer?

EUSEBIO. Lo menos
Posible.

LEONOR. ¡Desampararlos!

EUSEBIO. ¡Nunca! Los mandaré lejos,
Aseguraré su vida.....
Pero jamás los veremos.

LEONOR. Usted padece al decirlo,
Sin embargo.

EUSEBIO. ¿Soy de hierro?
¡Porque su amor me domina,
Necesitan mercerlo!
Marta quiere porque sí.....
Yo mando en el sentimiento.

ESCENA VI.

Dichos y DOÑA MARTA por la puerta de la izquierda.

MARTA. Balbina y Ramiro, ¿pueden (Con
vida.)
venir?..... (D. Eusebio hace una señal afirmativa)

LEONOR. ¿Cuál es mi consigna?

EUSEBIO. No sorprenderte de nada.

MARTA. Corroborar lo que él diga. (Por D. Eusebio.)

EUSEBIO. Llama. (Doña Marta hace sonar un timbre.)

MARTA. Siempre obedecerte
Era el colmo de mi dicha;
¡Pero bien á pesar mío
Obedezco en este día!

ESCENA VII.

Dichos. BALBINA y RAMIRO por la puerta de la izquierda.

BALB. ¿Me llama usted?..... (A Doña Marta.)

EUSEBIO. Os llamamos.

- La niña Leonor Cervera, (Presentándola.)
Hija de un antiguo amigo....
- RAMIRO. También será amiga nuestra. (Afectuosamente.)
- BALB. Abrazame. (Abraza á Leonor.)
- EUSEBIO. Su desgracia, (Por Leonor.)
Aun mayor que su belleza,
La ha sumido en la orfandad;
Y en absoluta indigencia,
Solicita nuestro apoyo.
- BALB. Has llamado á buena puerta.
- LEONOR. Así lo creo. (Algo cortada.)
- BALB. ¡Qué gusto! (Gozosa.)
¡Tenerte por compañera!
- EUSEBIO. No puede ser.
- RAMIRO. ¿Cómo? (Movimiento de sorpresa en los dos hermanos.)
- EUSEBIO. Oídme.
Recibo cartas de América,
Donde un negocio importante,
En que tuve grandes pérdidas,
Acaba de resolverse...
¡Y pobre otra vez me deja!
Tendré que trabajar mucho,
Mas no se halla mi cabeza
Para pensar con frescura
Cuando la vejez se acerca.
Leonor y vosotros, sois,
Balbina, tres existencias
De que no puedo encargarme.... (Balbina y Ramiro le oyen con estupor.)
Estoy casi en la miseria.
Mañana los acreedores
Me obligarán á la venta
Del ornato de esta casa....
Siento que no se me entienda.
¡Si uno solo de vosotros
Sobre mis hombros tuviera!
No es posible manteneros
A los tres.
- BALB. ¡Jesús! (Transida de pena.)
- RAMIRO. ¿Nos echan? (Sin darse exacta cuenta de lo que oye.)
- MARTA. ¡Cuánto sufro!
- EUSEBIO. Esta infeliz (Por Leonor.)
No tiene la inteligencia
Cultivada cual vosotros....
Ni nadie que la proteja....
- BALB. Dele usted el pan que á mí,
Entre cariño y ternezas,
Me daba esa madre santa. (Por Doña Marta.)
Pero déjeme que tenga,
- Como tuve en su alegría,
La mitad de su tristeza.
Yo no necesito nada:
Cosaré para las tiendas
Y venderé los bordados
Que me enseñó á labrar ella,
Y el fruto de su enseñanza
Entregaré á mi maestra.
- RAMIRO. Bien sabe Dios que mi sueño
Era ser hombre de ciencia
Y disputarle á la muerte,
Como usted hace, su presa.
Bien sabe Dios que á las flores
Con que embelleció la tierra,
Les pregunto al aspirarlas
Cuantos secretos encierran. ...
Pero.... Ya no seré médico.
¡Qué le hemos de hacer! ¡Paciencia!
El carpintero de enfrente,
Según parece, desea
Aprendices. Un oficio
Se aprende pronto y no cuesta.
Yo ganaré para ustedes,
Que tengo salud y fuerzas,
Y para Leonor también....
- EUSEBIO. ¡(Oh!) (Conmovido.)
- LEONOR. ¡Gracias!
- MARTA. ¡(Basta!) (A D. Eusebio en tono de súplica.)
- EUSEBIO. No piensas (A Ramiro.)
En que eso fuera un abuso
Que mi dignidad condena.
Os he buscado una casa
En donde igual que aquí os tengan
Vuestra educación, en todas
Partes hará que se os quiera.
- BALB. No me separo de ustedes,
Ni hecha trizas.
- RAMIRO. ¿Por qué ruegas? (Con amargo despecho.)
¡Nos arrojan de un hogar
Que nos prestó la clemencia!
Vámonos. Ven con tu hermano,
Que por tí irá á sacar piedras.
- BALB. ¡Me dejas ir, madre mía! (Se desmaya en los brazos de Doña Marta.)
- EUSEBIO. ¡Hija!
- MARTA. ¡Balbina!
- RAMIRO. ¡Contesta!
- LEONOR. ¡Está yerta! (Tomándola una mano.)
- EUSEBIO. ¡Desgraciado! (Con desesperación.)
¡Mi Balbina!

MARTA. ¡Ella, tan buena
Y tan hermosa!

LEONOR. Ya vuelve
De su desmayo.

MARTA. (Besándola apasionadamente.) ¡No creas
Nada de lo que te han dicho!
Se quiso poner á prueba
Vuestro corazón.....

EUSEBIO. ¡Te amamos
Siempre!

RAMIRO. ¿Y para qué ofenderla
Y ofenderme, suponiendo
La mayor de las ofensas?
¡Que no sabemos querer!

EUSEBIO. ¡Perdonadme!

BALB. (Con dulzura á D. Eusebio.) ¡Que no vea
Esa expresión suplicante
En usted!

RAMIRO. Y tú ¿quién eras? (A Leonor.)

LEONOR. Una amiga afortunada
Que os estima y os respeta. (Se abrazan
los niños.)

MARTA. (¡Aun nos quieres!

BALB. A ambos mucho...
¡A usted con el alma entera!

MARTA. ¿Y al doctor?....

BALB. Sí..... Mas la herida,
Por bien curada que sea,
Su cicatriz dejar suele.....)

EUSEBIO. Me ha cegado la soberbia.
.....
.....

MARTA. ¡El afán de investigar!
Inherente al ser humano,
Desde el niño hasta el anciano
Le sienten á su pesar:
El hombre, de ciencia ansioso,
Apenas al mundo viene,
Le pregunta qué contiene
Al juguete misterioso.
— Aunque es el estudio centro
De la humana perfección.....
No rompáis un corazón
Para ver qué tiene dentro.

FIN DE LA COMEDIA.

EL PERDÓN DE BELEM



El señorito Jorge no había querido rezar antes de dormirse.

¿Y por qué?

Porque dió la hora de acostarse en el preciso momento en que se hallaba organizando sobre la mesa del comedor una gran batalla entre sus soldados de plomo. Los tiradores estaban en sus puestos, en el fuerte, y los enemigos, los moros, se hallaban preparados en la llanura.

La camarera de Jorge, sin consideración á la importancia de esta función de guerra, en que, como siempre, resultarían vencedores los soldados españoles, cojió sitiadores y sitiados, artillería, fuertes y material de asalto, y á pesar de los gritos de Jorge y de sus vivas pro-

testas, puso los ejércitos en la caja y ésta en el armario de los juguetes.

Todo esto produjo en Jorge gran rencor contra la camarera, tan puntual á la hora de acostar al señorito.

Hubo que desnudarle casi á la fuerza, y cuando vino aquélla á apagar la bujía aun estaba murmurando el enojado Jorge. No había rezado como de costumbre, ni siquiera había dado las buenas noches á su mamá, á quien quiere mucho, y que tiene la habitación junto á la suya.

Después de algún tiempo de gimotear y de haber, en un movimiento de rabia, tirado la manta y la colcha al suelo, el enrabado Jorge se durmió.

La mamá salió entonces de su cuarto y vino de puntillas á besar al desobediente hijo, y luego con sus dedos le hizo sobre la frente la señal de la cruz, murmurando:

—Ángel de la Guarda de Jorge, haced que mañana se despierte más bondadoso mi hijo.

Y el ángel, siempre benévolo, extendió sus grandes alas sobre la cama del niño, formando un cortinaje diáfano, invisible á nuestros ojos.

Mientras Jorge dormía, se creyó súbitamente transportado á ese pueblo luminoso de Oriente que se llama Belén, donde había nacido el divino Jesús, y donde estaba, por consiguiente, el establo con el buey y la mula.

El tío de Jorge, un oficial de marina, había referido delante de él que las mujeres de aquel país llevan aun en nuestros días el traje de la Santísima Virgen, gran manto de tela azul, sobre una túnica, como se ve en todos los cuadros religiosos.

El niño Jorge veía á estas mujeres de Belén como se las había descrito la víspera su tío, y veía el cielo puro y diáfano, las casas de paredes blancas con pequeñas ventanitas. Jorge se encontraba en medio de una multitud de niños venidos no era fácil saber de dónde, porque había entre ellos tipos de naciones diversas.

Unos hablaban inglés, otros turco. Había

rusos con sus camisas bordadas, y negritos enteramente desnudos. Y ¡cosa extraña! todos aquellos niños parecía que acababan de salir de la cama. Jorge se encontraba muy

apurado viéndose solo y tan lejos de su mamá. Pero no tuvo tiempo de reflexionar. Un niño de su edad, poco más ó menos, le cogió de la mano y le llevó á un campo adonde iban otros niños.

—¿Adónde vamos? preguntó Jorge tímidamente.

Su guía, que, sin duda, no sabía muy bien el castellano, le respondió:

—He olvidado rezar ayer.

Un negrito se acercó á Jorge y le gritó al oído:

—Negrito malo no rezó anoche.

Jorge, que aprende el italiano con su institutriz, oyó á una donosa niña murmurar:

—*Anch'io non ho pregato ieri.*

Lo que significaba lo mismo.

Y un inglesito suspiraba al pasar:

—*I have dont pray yesterday.*

¡Qué! ¿todos aquellos niños habían dejado de rezar como él?

¿Existen tantos niños malos sobre la tierra?

A Jorge le apenaba mucho hallarse tan

acompañado; pero ¿por qué se habían reunido todos en Belén, el pueblo donde el niño Jesús dió el más alto ejemplo de humildad y obediencia?



¡Amáame como os amo yo!

Jorge tenía miedo. Su conciencia le asustaba más que aquella avalancha de niños de todos los países.

Parecía que sus pies desnudos no tocaban la tierra; llevábanle como en volandas.

Se llegó al fin á un gran campo lleno de rosas espléndidamente bellas. Jamás se había visto tan extraordinaria variedad de rosas: unas rojas, otras blancas, amarillas, encarnadas. Era un espectáculo maravilloso.

Viendo que los demás niños se apresuraban á coger rosas, Jorge hizo lo mismo, aunque le pinchaban las espigas, y cogió todas las rosas que pudo sostener en su gran camisa de dormir.

Cuando los niños devastaron por completo el jardín, corrieron hasta una gran escalinata de piedra, cuyos primeros escalones tocaban al suelo y los últimos se perdían en las nubes. En seguida arrojaron rosas tan alto como se lo permitían sus delicados brazos, lo que recordó á Jorge las flores que tantas veces había arrojado sobre el palio al pasar la procesión. Súbitamente los niños se prosternaron; y apareció en lo alto de la escalinata una hermosa mujer vestida á la usanza de Belén. Bajó algunos escalones, teniendo en sus brazos un niño. Esta aparición produjo la mayor turbación á Jorge, que oyó murmurar á su alrededor, en español, en griego, en inglés, en italiano y en alemán:

—¡Perdón! ;ma mé sikorité! ;perdouanie! ;afedersine!

El niño que tenía en sus brazos la hermosísima santa mujer de Belén abrió entonces los suyos, y extendiéndolos en cruz, dijo:

—¡Os perdono, pero amadme como os amo yo!

Había hablado en un lenguaje que todos comprendieron, aunque no era un idioma humano. Y los niños venidos de todos los puntos de la tierra sintieron que sus ojos vertían lágrimas, y sus corazones se abrasaban dulcemente en el amor de Jesús.

La visión divina había desaparecido. Jorge abrió los ojos y se encontró en su cuarto, que iluminaban los primeros resplandores del sol.

Levantóse deprisa, dijo con fervor su oración matinal, y corrió á la alcoba de su mamá para darle los buenos días. Contó á la buena señora el sueño que había tenido y la promesa que le había exigido el niño Jesús de *amarle como él nos ama*.

—Te aconsejo — le dijo la mamá — que no vuelvas á incurrir en esa falta en tus oraciones diarias, porque pudiera suceder que siendo otra vez desobediente, no volvieras á ser llevado á obtener el perdón de Belén.

A. PIAZZI.

EL REY DE LOS GATOS

(CONTINUACIÓN)



— VUESTRA Alteza Real — expuso por último — me creerá cuando le diga que nunca creí que los gatos tomaran tan á pecho mis persecuciones, y si les hice daño fué sin querer.

Y no sabía ya qué más decir, cuando, viendo á Topsy, exclamó:

— ¿Quiere Vuestra Alteza interrogar á Top-

sy? Siempre fuí muy bueno para ella, y mi hermana Fany adora á los gatos; ha recogido á muchísimos que estaban perdidos y muertos de hambre. ¡Sed indulgentes conmigo en nombre de mi hermana, pues si me matáis, quedará inconsolable! He dicho.

Y volvió á sentarse.

El rey de los gatos se disponía ya á consul-

tar el asunto con los Jurados, cuando su primer ministro se presentó ante él con el girasol en la mano.

—¿Qué me queréis?—preguntó el soberano.

—Si Vuestra Majestad lo permite, la señorita Topsy pide la palabra.

—La tiene—dijo el rey sonriendo benévola-

mente. El primer oficial fué en busca de la señorita para presentarla ante el tribunal. Estaba tan linda con sus ojos modestamente bajos, su gorro de muselina con cintas azules, inclinado hacia una oreja, su gran cinturón azul, su collarín de terciopelo y su pañuelo de encaje en la pata, que á su paso la acompañó un murmullo lisonjero, y varios gatos jóvenes aplaudieron. El niño Gustavo exclamó:

—¡Qué lástima que Fany no esté aquí para admirarte!

Escuchó á la gata abogar en su favor; pero ésta no le concedió una sola mirada; únicamente la ocupaban su defensa y los jueces. De vez en cuando se llevaba el pañuelo á los ojos para secar una lágrima; hablaba con voz muy dulce y empleando un *rum rum* de satisfacción cuando refería las atenciones que Gustavo había tenido con ella, extendiéndose sobre la bondad de Fany y de su mamá para con todos

los animales y el buen trato que los gatos recibían en su casa, invocando, ya el testimonio de un jurado, ya las referencias de otro, para obligarles á reconocer la verdad de cuanto decía, de tal suerte, que cuando volvió á su sitio, la opinión pública había cambiado por completo. Algunos aplausos discretos se oyeron en la sala, mientras que el Jurado se

retiraba á una habitación inmediata para deliberar sobre la suerte del acusado.

Á todos parecía el tiempo largo, aunque en realidad, los jurados sólo tardaron los cinco minutos reglamentarios.

Cuando volvieron á sus asientos, el primer oficial del rey leyó, por mandato de éste, el siguiente veredicto, que Gustavo encontró muy duro:

«Un perseguidor de gatos debiera ser sentenciado á muerte; pero el Jurado, apreciando algunas circunstancias atenuantes en favor del acusado, conmuta dicha pena con otra

proporcionada á las maldades del muchacho, y para empezar, ya que tantos palos ha dado á nuestros semejantes, ahora le toca recibirlos. Los cuarenta verdugos se colocarán en dos filas á poca distancia una de otra, y á una señal dada, el niño atravesará por entre las filas y los verdugos dejarán caer sus garrotes sobre él. En seguida volverá á pasar y los



Gustavo en presencia del rey de los gatos.

verdugos le herirán con su pata izquierda, sacadas previamente las uñas. Este ejercicio se renovará seis veces, y si el culpable sobrevive, quedará prisionero en el palacio del rey de los gatos hasta que haya hecho algún gran servicio á nuestra raza.»

—Ya lo habéis oído—dijo el rey;—obedeced.

Los cuarenta gatos se colocaron en fila, como estaba convenido; pero Topsy corrió de uno á otro, y Gustavo la oyó suplicarles que no le pegasen muy fuerte, limitándose á asustarle.



No era, sin embargo, cosa alegre tolerar seis veces aquellos garrotazos y otras tantas los arañazos. Pero no había más que resignarse. Gustavo era valiente: apretó los labios para que su rostro ó su voz no le denunciaran, y aguardó á pie firme la señal.

—¡Ahora!—dijo el rey.

Gustavo corrió entonces como en su vida lo había hecho, y se sorprendió mucho saliendo del lance sin grave daño. Fieles á su promesa, los verdugos no pegaban muy fuerte. Á la siguiente vuelta ocurrió lo mismo, gracias siempre á Topsy. Total, algunos arañazos, algunos chichones, algunos cabellos de menos en la cabeza: he aquí todo.

—Estáis ligeramente jadeante—dijo el rey;—sentaos y medita qué podrías inventar para servirnos. Que salgan todos y me dejen á solas con el prisionero.

Gustavo agradeció el descanso después del ejercicio hecho; pero no perdió tiempo en lamentaciones inútiles. Cuando el último gato hubo salido, se levantó de un salto.

—Señor—dijo,—puedo hacer una ratonera, si me proporcionáis lo que necesito y aprobáis el pensamiento.

—Pasad á la habitación próxima, y en ella encontraréis cuanto os haga falta.

Gustavo era muy hábil: todas las tardes de los jueves lluviosos los consagraba á trabajos de ebanistería y cartón; se había formado una especie de taller, con herramientas á propósito. Más de una cajita para la mamá, y más de un mueble de muñecas para Fany habían salido de sus manos; pero nunca trabajó con el ardor que desplegó para hacer la ratonera.

Medía las piezas, las aserraba, las acoplaba, hacía agujeros con su barrena, y organizaba el mecanismo del cierre de la puerta como si su vida dependiera de ello.



Además, ¿quién le aseguraba que el rey no se arrepentiría aún de su perdón? Era preciso complacerle pronto, ganando cuanto antes la libertad. Al cabo de una hora la ratonera estaba corriente.

—Muy bien—dijo el rey;—me gusta la gente activa; pero ¿creéis que esa maquinaria sirva para algo? Las ratas no son tan necias que vayan á meterse ahí dentro.

—Las ratas son golosas—dijo Gustavo;—si les ponéis una corteza de queso en el fondo, entrarán; y una vez dentro, no podrán salir sin vuestra licencia.

—Licencia que no les daré—dijo riendo el monarca;—pero veamos ahora si me engañáis.

Agitó una campanilla, y acudieron el Conde Gatogris y la señorita Topsy.

—Dad queso á este joven—ordenó el rey;—creo efectivamente que vale más que otros de su raza y que hemos hecho bien perdonándole la vida.

Gustavo estaba muy contento, é indicó al rey la manera de servirse del aparato.

—Tenga Vuestra Majestad mucho cuidado para no cogerse el extremo de su pata blanca— le dijo, temeroso de un accidente que hubiera cambiado de raíz las buenas disposiciones del rey.

Se puso el aparato á la entrada de un agujero que daba acceso al país de las ratas, y permanecieron todos inmóviles, con las miradas fijas en la puertecilla abierta. El rey de los gatos estaba acostumbrado á estar así de espera; pero Gustavo encontró el tiempo interminable.

¡Hora y media sin moverse! Era la vez primera que le ocurría, y estuvo en muy poco que no se durmiera.

Por fin se escuchó un ruidito en la ratonera.

—Comprendo que tengáis prisa por alejarnos; pero tranquilizaos, pues sólo tengo una palabra: sois libre; pero os exijo un juramento solemne. Juradme que nunca atormentaréis á ninguno de mis súbditos; que no sólo no les tiraréis de las orejas ni del rabo, sino que no les perseguiréis, que no les tiraréis piedras, ni palos con mala intención, y que influiréis con vuestros amigos y camaradas para que os imiten.

—Lo juro—dijo Gustavo.



El rey, después de darle á besar su pata, le confió al Conde de Gatogris, quien le condujo por el mismo camino que le sirviera para entrar, hasta la entrada de la encina hueca.

La alegría de Gustavo volviendo á ver la luz del día fué tanta, que perdió el conocimiento durante algunos momentos, y cuando volvió en su acuerdo, el sol poniente doraba las copas de los árboles.

—¡Qué tarde es!— exclamó estirándose, como si saliera de un profundo sueño.

Después pensó:

—¿Y dónde está el Conde Gatogris?

El Conde había desaparecido; pero un animal de piel gris se paseaba por los árboles, encima de la cabeza del niño, sin duda para enseñarle el camino. El niño recogió el sombrero y siguió á su guía, sin ocurrirle tirarle piedras.



(Concluirá.)



—¡Ya cayó!— exclamó Gustavo; —y ahora, utilizando vuestra promesa, podré marchar.

El Conde Gatogris y la señorita Topsy bailaban de gusto alrededor de la rata prisionera. Pase que Topsy lo hiciera, por ser propio de su edad; pero en un gatazo viejo era impropio.

El rey se dignó dar una explicación á Gustavo.

—Mis súbditos van á alegrarse mucho— dijo.—Yo me como habitualmente veinticinco ratas para el desayuno, y otras tantas en la comida, y esta maquineta permitirá á mis vasallos algunos descansos.

Gustavo tenía tanta prisa por marchar, que apenas oía lo que hablaba el rey, y éste lo advirtió.

FRASES CÉLEBRES

Cuando Leónidas tuvo que retirarse al Estrecho de las Termópilas, recibió de un mensajero de Jerjes la orden de rendir las armas.

—Di á tu Rey—respondió—que venga á tomarlas.

El Visir del Califa Mortaldi, que habia ganado una batalla á los griegos y hecho prisionero á su Emperador, preguntó á éste qué trato esperaba que le diera.

—Si hacéis la guerra como un Rey—contestó el prisionero—dejadme libre; si la hacéis como un mercader, vendedme, y si la hacéis como un bárbaro, degolladme.

El general musulmán le dejó en libertad.

El Conde de la Rochejacquelin, ilustre jefe vendeano, dirigió á sus soldados antes de un combate la siguiente arenga lacónica y expresiva:

—Si retrocedo, matadme; si avanzo, seguidme, y si muero, vengadme.

Se solicitaba del Emperador Juliano que castigara á personas que habian mutilado y destrozado la cabeza de una de sus estatuas. El Emperador, sacriéndose y tocándose la cabeza, contestó:

—No me siento herido.

EJERCICIO INTELECTUAL

Solución del logogrifo, la fuga de vocales, la de consonantes y la charada, que se insertaron en la página 24.

LOGOGRIFO.

En seis letras de tu nombre,
Buen trabajo me ha estado,
Hallé el *Sol*, el *saco*, *Lorca*,
Lo que siempre será *caro*;
La *rosa*, la *cal*, la *sal*,
Lo que es evidente *caso*,
Y entre otras cosas que omito,
Hallé *cosa*, *Ser*, los *aros*,
El *raso*, la *col*, la *cola*,
Y antes que ésta hallé los *arcos*;
Y las notas musicales
Son *la* y *sol* si no me engaño;
Y *Oscar*, el nombre que dices
Que es ahora poco usado,
Y por fin, con las seis letras
Compute el nombre de *Carlos*.

JUANITA NÚÑEZ.



CHARADA: *Maroma*.



FUGA DE VOCALES.

Cerca de Toledo, el Tajo
Cruza un valle que guarnecen
Dos montañas,
Desde ellas mirando abajo
Los transitantes parecen
Musarñas.

FUGA DE CONSONANTES.

Cabalgaba monte arriba
Don Domingo Colorado,
Gran señor,
Con diez escopetas iba
Por diez hombres escoltado,
De valor.

P.ERO ANTI.



LOGOGRIFO NUMÉRICO.

- 9.8.—Verbo.
2.3.7.—Nombre propio.
8.10.4.2.—Pueblo de Albacete.
7.3.2.4.5.—Ave acuática.
1.7.3.5.10.8.—Cualidad propia de niños.
4.9.3.7.8.10.—Cosa preciosa.
1.7.3.2.8.9.10.—Ave preciosa.
1.7.8.10.6.9.3.2.—Nombre propio.
1.2.3.4.5.6.7.8.9.10.—Pueblo de Castilla la Vieja.
1.7.6.4.5.8.10.3.—Nombre famoso.
1.7.3.4.5.6.2.—Cosa que abraza.
8.10.4.5.6.7.—Propia de guerreros.
8.10.3.1.2.6.—Pueblo de Navarra.
8.9.1.6.7.—Pueblo de Aragón.
3.7.4.2.—Anterior al mundo.
9.8.7.—Pasión.
6.2.—Música.

D. M. C. Cuasouso

TARANCÓN.

Adivinar el título de comedia en un acto que se forma con las letras encerradas en el cuadrado.